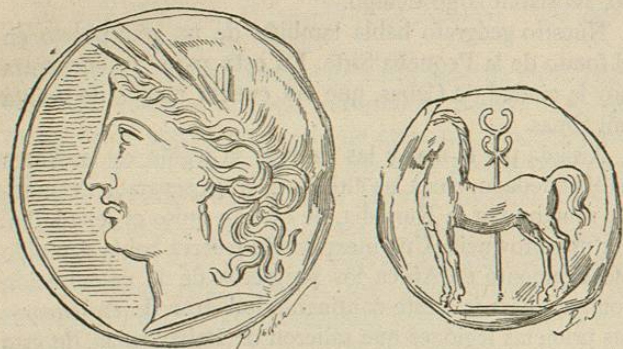


César y colonizada por Augusto, volvía á ser Cartago una ciudad floreciente.

En el interior de la Numidia, una ciudad eclipsaba á las demás, y no podía llamarse ya una ciudad bárbara, Cirta, adonde Micipsa había llamado colonos griegos y que dió César á sus aventureros italianos.

Tánger, *Tingis*, que tenía la pretensión de poseer el escudo de Anteo de cuero de elefante, acababa de recibir de Octavio el derecho *civitatis*. Pero la Mauritania, situada



Moneda de Cartago romana (1)

Moneda de Micipsa (2)

á su espalda, era poco conocida, aunque se alababan sus ríos y su fertilidad, sus viñas que daban racimos de un co-do de largos, sus árboles con que se hacían mesas de una sola pieza, con vetas de los más bellos colores (3), y sus caballos más rápidos que el viento.

Un comercio bastante extenso, establecido, á lo que parece, con el interior de Africa, importaba sin duda á la Mauritania polvo de oro, porque nuestro geógrafo pondera su riqueza, que no podía menos de atraer á la población romana, á pesar de la proximidad del desierto y de sus hor-das amenazadoras.

¿Qué pueblos eran estos? Luego que la civilización griega hubo penetrado entre los nómadas, los nuevos eruditos de este pueblo tuvieron á bien darse un ilustre origen. No podían ser griegos ni romanos, y se sirvieron de un vago

recuerdo, guardado á través de las edades, de las colonias venidas de Oriente y de las fabulosas aventuras del Hércules tiro, para ligarse á lo más ilustre del mundo, fuera de Roma y Grecia, á la Persia.

Salustio, que se hizo explicar sus libros, halló en ellos que los nómadas tenían por padres á los persas compañeros del héroe. Cuando la religión cristiana penetró á su vez en aquellas comarcas, resonaron allí naturalmente algunos ecos de las tradiciones bíblicas, y los moros vinieron á ser cananeos expulsados por Josué de la Palestina.

Herodoto es más sencillo y está sin duda más cerca de la verdad: no conoce en Africa más que dos pueblos indígenas, los libios y los etíopes, y dos pueblos extranjeros, los griegos y los fenicios. La persistente tradición de las grandes migraciones venidas del Asia, y la existencia, desde el Egipto hasta los extremos del Atlas, de una misma lengua, que no deja de tener analogía con los idiomas semíticos, nos ha mostrado ya que un gran pueblo hubo de extenderse en esta dirección por el continente africano. El largo espacio que cubrió lo obligó á dividirse en tribus, y la diferencia de los lugares en que estas tribus se establecieron, trajo la diferencia de costumbres.

Las dos razas extranjeras, los griegos y los fenicios, están ahora sometidos á Roma. La raza negra se le escapa y se le escapará siempre, pero se encuentra en frente de los libios, que en la Zeugitana y la Bizacena (Bizacio) se amoldaron al yugo de Cartago, y en la Numidia comenzaron á serlo por sus reyes, atraídos de un siglo atrás á la civilización romana. Si la república no chocó en estos pueblos con el grande obstáculo de la oposición religiosa, encontró tal oposición de costumbres que Augusto juzgará lo más prudente abandonar el gobierno de aquellos países á príncipes indígenas para que funden ciudades que hagan la ocupación más fácil, para que llamen el comercio, las letras y las artes que creen intereses favorables á la dominación extranjera, para que, en una palabra, preparen aquellos pueblos incultos á recibir la acción directa de Roma.

## CAPÍTULO LXIII

### PAISES ALIADOS Ó TRIBUTARIOS Y PUEBLOS INMEDIATOS Á LAS FRONTERAS

#### I. - DEL GOBIERNO POR LOS INDÍGENAS.

No eran las provincias las únicas posesiones de la república, como quiera que Roma, con diferentes títulos dominaba en vastas regiones que se llamaban países aliados, porque se les había dejado con máscara de independencia una mentida ó dudosa libertad, *regiones dubie libertatis*.

Hablando de los reyes que habían conservado su cetro en la alianza de Roma, llámalos Tácito en su gran estilo: *vetus servitutis instrumentum*. Pero Estrabón dice con más sencillez: «De todos los países que forman el imperio romano, unos están gobernados por reyes; los demás, con el nombre de provincias, se administran directamente por los

(1) Cabeza de Ceres.

(2) Caballo á la izquierda; en el fondo un cetro. Moneda de bronce de Micipsa.

(3) En el Atlas se encontraba el cidro (*thuya articulata*) que suministraba estas mesas vendidas en Roma á un precio fabuloso. Cicerón dió por una 210,000 francos, y los Cetegos tenían otra de 290,000 (Plin. *Hist. nat.* XIII, 29).

romanos. Hay también ciudades libres; y en otros países finalmente gobiernan dinastas, filarcas, sacerdotes, reconociendo todos la soberanía de la república, bien que vivan conforme á sus leyes.»

Estos príncipes extranjeros, estos magistrados de ciudades libres, estos jefes nacionales que se hacían ministros de Roma, daban fuerza á su imperio, sin aumentar sus gastos, lo que satisfacía á la vez su codicia y su orgullo.

El senado no era amigo de grandes ejércitos ni de muchos funcionarios. Teniendo que reprimir y defender sesenta millones de hombres, con algunos millares de soldados y algunos centenares de agentes, había gobernado en lo posible por medio de los indígenas. Y no obraba sino muy cuerdamente, porque el pueblo romano en medio de las naciones sujetas, era una imperceptible minoría; y era preciso no gastar esta débil minoría á fuerza de hacerla servir.

No era este sistema, como Tácito lo da á entender, odiosa astucia, sino prudencia, sabiduría política: el mismo historiador dice en otro lugar: «Se devolvió á los rodios la libertad, que con frecuencia se les había quitado ó confir-

mado, según que habían merecido bien de Roma por sus servicios ó comprometido la paz pública con sus discordias intestinas.» Roma, por otra parte, dueña incontestable del mundo, se veía en la necesidad de valerse de combinaciones maquiavélicas, como en los días de su flaqueza. Estos reyes que nombraba no regían sino poblaciones dóciles y poco numerosas y á una sola palabra de ella caerían sin excitar un murmullo, pues como es harto sabido, no eran más que procónsules romanos (1). Como había dejado sus leyes á las repúblicas de Grecia, dejaba sus jefes naturales á los pueblos habituados á la autoridad de un rey ó de un sacerdote, sobre todo á las tribus nómadas, que no tenían ciudades por donde Roma pudiera sujetarlas; pero reyes, pueblos ó ciudades, todos sabían que tenían un soberano á orillas del Tíber. El año 29, Antíoco rey de la Comágene, asesina á un diputado que su hermano enviaba á Roma: fué citado ante el senado, que lo condenó á la última pena, y Augusto lo hizo ejecutar.

Todo el imperio de Roma estaba pues así dividido: á una parte, los países directamente gobernados; á otra, los que hacía administrar por medio de los nacionales. Los primeros eran las regiones, como España y Galia, donde los vencedores no habían encontrado, en medio de tantos Estados bárbaros, un gobierno local bastante fuerte para responderles de la sumisión del país. Aquí se habían visto obligados á hacer por sí mismos sus negocios, á organizar la administración, á abrir caminos, á fundar ciudades, etc. En la Grecia de Europa y de Asia, continuaron hablando de la libertad helénica, mentira que tanto les había servido; y para ahorrarse el enojo de una intervención continua en medio de poblaciones quisquillosas y locuaces, hallaron cómodo dejar su autonomía á gran número de ciudades, á pesar de la erección de los países en provincias.

Más lejos, hacia la Armenia y el Eufrates, había que hacer la policía de las fronteras; y ¿quién mejor podía encargarse de esto que los gobernadores indígenas? Por las rudas lecciones de Sila y de Lúculo, de Pompeyo y de César, estos príncipes habían aprendido cuál era la fuerza de Roma y cuál su propia flaqueza y aceptaban su papel con resignación; y como poco más ó menos se les dejaba la herencia (2), consideraban su reino como un patrimonio y tenían interés en mantener el orden y la seguridad vigilando por Roma los movimientos de las naciones vecinas.

*Reyes y dinastas de Tracia y del Asia Menor.* — En Tracia comenzaban los reyes aliados. En las guerras civiles de Ro-

(1) Algunos de estos reyes se decían *procuradores* del pueblo romano (Salustio, *Bell. Jugurt.* 14). El rey Cottio se llama en sus inscripciones *praefectus civitatum*.

(2) Salvo el consentimiento del senado y más tarde el del emperador, Joséfo, *Ant. Jud.* XVI, 9, 4). Solían pagar un tributo y en caso de guerra debían dar un contingente de soldados (Salustio, *Bell. Jugurt.* 31; Ap. *Bell. civ.* V, 75; Cic. *ad Attic.* II, 16). La historia de Herodes, referida minuciosamente por Joséfo, muestra cuál era la condición de estos reyes. No tenían el derecho de hacer la guerra ni de disponer de su sucesión sin permiso del emperador; y el juramento de fidelidad que les prestaba el pueblo, contenía otro de fidelidad al emperador. Véase en prueba la expedición contra la Traconitis, el juicio de los dos hijos de Herodes, la asamblea de Beriti, y para el juramento de fidelidad al emperador, *Antiq. Jud.* XVII, 2, 4. Léanse en el libro XIX, 8, las duras palabras del gobernador Marso á los seis reyes que salieron á recibirlo. Estos reinos independientes estaban considerados como parte integrante del imperio, como las ciudades libres; y cuando el emperador ordenaba un censo, se contaban sus habitantes (Evang. S. Luc. cap. II, 1). Los reyes judíos sólo acuñaban moneda de cobre (Cavedoni, *Munism biblica*, Módena, 1850, p. 52). Los reyes de la Tracia y del Bósforo acuñaban moneda de plata. Ninguno de estos reyes tenía derecho ni autorización para acuñar moneda de oro.

ma, se habían repartido prudentemente entre las dos facciones, á fin de que el amigo del vencedor salvara al del vencido. Rescúporis había servido á Bruto, y su hermano Resco á los triunviros, que perdonaron al primero en favor y á instancias del segundo.

Estas relaciones introducían en el país algunos hábitos romanos; pero los tracios no eran menos bárbaros á pesar de los versos latinos de Cotis (3); y en el Hemo habitaban pueblos miserables y feroces, que debían á sus continuas y violentas correrías el mal nombre de bandidos. Los colores con que Herodoto y Tucídides pintaban á estos pueblos cuatro siglos antes, eran aún verdaderos, porque Tácito emplea los mismos que ellos. Pintábanse, pues, el cuerpo,



Rescúporis (4)



Ariobarzanes III, rey de Capadocia



Ariarato V.

compraban sus mujeres y á menudo vendían sus hijos, Tenían por cosa indigna de un guerrero labrar la tierra, y no conocían más recursos que la guerra y el robo. Inmolvaban víctimas humanas á su dios, llamado Hermes por los griegos, y el santuario de otra de sus divinidades se alzaba en el centro de un profundo bosque en la más alta cima del Ródope. Semejantes costumbres no hacen á los pueblos numerosos ni fuertes.

La Tracia, mal poblada, es todavía un embarazo, pero no un peligro. Cuando los pueblos bárbaros degeneran cuando pierden su fiera energía, su caída es más rápida, más irremediable que cuando se trata de pueblos civilizados. Los tracios de Tucídides eran terribles; los de Tácito no son más que miserables.

En Asia, más de la mitad de los dominios de la república habían conservado jefes nacionales. La Capadocia, gran llanura helada en el invierno, abrasada en el verano, pantanosa en algunos puntos, y en mucha parte salitrosa, impregnada de sustancias contrarias á la vegetación, era sin embargo rica en granos, pero muy pobre de bosques y árboles frutales. Carecía de ciudades y por consiguiente de industria, y en cambio tenía muchos castillos donde los reyes, sus amigos y los nobles mantenían en su obediencia á una población pesada, sin energía, tan mal reputada en Roma como lo estuvo ya en Atenas en tiempo de Aristófanes, y que había escandalizado grandemente á los romanos rehusando la libertad que en otro tiempo le ofreciera el senado. Sus reyes, que en sus monedas se llamaban amigos de los romanos, *φίλορωμαίος*, no empleaban, sin embargo, con ella una autoridad muy paternal. Cuando sus rentas bajaban, hacían la trata de sus súbditos para cubrir el déficit.

Uno de los últimos, el hermano de aquel Ariobarza-

(3) Ovidio, *Pont.* II, 9.

(4) De una moneda del gabinete de Francia. Cabeza descubierta é imberbe de Rescúporis I; detrás un monograma; debajo la fecha H K T.



nes III, reducido á la mayor pobreza por las exigencias usurarias de Pompeyo y de Bruto, se complació un día en tapar una de las salidas del Melas, transformando en un lago una llanura inmensa. Proponíase hacer un mar Egeo en medio de las tierras, con islas dispuestas en círculo, ni más ni menos que las Cícladas. Pero el río rompió sus diques é inundó las tierras de los gálatas: éstos se quejaron al senado y el senado hizo pagar al caprichoso rey Ariarato trescientos talentos de indemnización.

El primer personaje del Estado era, después del rey, el sumo sacerdote de Ma: nombrado de por vida y elegido siempre en la familia real, poseía todos los privilegios de la soberanía. En Comana había seis mil esclavos de ambos sexos agregados al servicio del templo, cuyas rentas eran considerables: el de Júpiter en la Morimene tenía tres mil,



Polemón I, rey del Ponto y del Bósforo

con una renta anual de quince talentos para el pontífice, que ocupaba el primer lugar, después del sumo sacerdote de Comana.

Esta población, muy supersticiosa, se repartía, como se ve, entre sus reyes, sus nobles, y sus sacerdotes, dócilmente sumisa á todos ellos. El año 36, Marco Antonio expulsó á Ariarato y lo reemplazó con Arquelao.

Cerca de los capadocios habitaban los gálatas, en otro tiempo divididos en tres grupos que formaban cuatro tetrarquías cada uno. Los doce tetrarcas y los jueces despachaban los negocios ordinarios; pero cuando se trataba de un asesinato, se reunía un jurado de trescientos guerreros á la sombra de las encinas y juzgaba.

Esta organización, recuerdo de la patria primitiva, se había modificado poco á poco: al principio cada tribu había tenido un jefe; luego todo el pueblo se había repartido entre dos príncipes, y más tarde aún, recibió del senado Deiotaro el título de rey con la Armenia Menor.

Algún tiempo antes de la batalla de Accio, desconfiando Antonio del viejo monarca, dió á su general Amintas una parte de la Galacia con las regiones montañosas é infestadas de bandidos, que se extienden al Sur hasta la mar de Chipre. No por eso salió mejor librado Antonio, pues ahora, no uno, sino los dos le faltaron la víspera de la batalla y esta oportuna defección les valió la corona, que Octavio les dejó.

Pesinunte, tan famosa por su templo de Cibeles, no tenía ya la estatua de la diosa, de mucho atrás en Roma, ni sus grandes sacerdotes conservaban la autoridad ni las crecidas rentas que los hacían iguales á los reyes. Sólo le quedaba su comercio gracias á su situación en el centro de la península.

Durante una expedición de los partos al Asia Menor, un

retórico hubo de salvar la ciudad de Loadicea y su valor y elocuencia obtuvieron magnífica recompensa: Antonio, tan pródigo del título de rey, lo colocó bien esta vez, pues se lo dió á Polemón, hijo del retórico, con la guardia de toda la frontera oriental, desde el Ponto Euxino hasta la Cilicia. Y Polemón se mostró tan hábil, que Augusto no se acordó de la amistad que tenía con Antonio un hombre que estaba encargado de vigilar por cuenta del imperio, á los reyes de Armenia. También conservó en su trono al príncipe de Samosata, que en el ángulo comprendido entre el monte Aman y el Eufrates prestaba los mismos servicios respecto de los partos; pero despojó en la Cilicia oriental á los hijos de Tarcondimotos, muerto en Accio al servicio de Antonio.

En Siria, Damasco recibió guarnición romana, pero la provincia comprendía una multitud de jefes árabes y judíos, los unos rapaces y libres, los otros repartidos entre los romanos y los partos, siendo los mejores de dudosa fidelidad. Uno de ellos alcanzó tan grande como triste celebridad: Herodes.

*Herodes y los judíos.* — Para llegar á ser dueño de un Estado de treinta ó cuarenta leguas de longitud, hubo de desplegar este usurpador más bravura, astucia y crueldad, más vicios y talentos que hubiera exigido la conquista de un imperio. Pero tenía que habérselas con una raza indócil y testaruda que no se dejaba vencer sino por quien podía aniquilarla y tuvo que domarla á fuerza de suplicios. Era de un país y de una época en que se daba y se recibía la muerte con una facilidad, que afortunadamente no comprendemos nosotros; y de todos los que tuvieron entonces este triste derecho de sangre, ninguno abusó tanto como Herodes. Sus amigos, sus deudos mismos perecieron á sus manos: su mujer, la hermosa Mariamne, fué decapitada; hizo estrangular á dos de sus hijos, y cinco días antes de su muerte, ordenó todavía el suplicio del tercero.

Seguro del odio del pueblo y queriendo sin embargo que se llorara su muerte, reunió en el hipódromo de Jericó á los principales de la nación, y mandó que los mataran en cuanto hubiera él expirado, á fin de que hubiera en todo el país un duelo verdadero.

Pero cuando el monstruo expiró, su hermana Salomé ocultó su muerte por espacio de un día, sustrajo el anillo real y selló la orden de liberación.

El Oriente malbarata la vida; ama la fuerza y la ostentación, y Herodes que sabía espantar y deslumbrar reinó treinta y cuatro años y recibió el título de *Grande*.

Descendía de una raza odiosa á los judíos: su padre, el idumeo Antipater, había sido en Judea, agente de César, y él mismo debía toda su fortuna á Antonio. Después de la batalla de Accio, pasó á Rodas, á ver al vencedor, y le confesó noblemente su amistad para con el que había sido su bienhechor. Fatigado de bajezas y adulaciones, se congratuló Octavio de encontrar un hombre, y le dejó su reino que aumentó con todas las donaciones hechas á Cleopatra á expensas de la Palestina, pero sin disminuir el enorme impuesto que Pompeyo había establecido, consistente en la cuarta parte de los productos de la tierra y la capitación.

A pesar de todo, aquellos romanos hubieron de tener, según parece, cierto respeto involuntario á las puras doctrinas del culto mosaico. Estrabón las admira, y á pesar de su orgulloso desprecio hacia un pueblo que conoce mal, el supersticioso Tácito les rinde homenaje (1). Cuando

(1) Estrabón, XVI, p. 760. Tácito, *Historia*, V, 5, habla en magníficos términos de su concepto de la divinidad: *Mente sola, unumque numen intelligent...* summum illud et aeternum, neque mutabile neque interitum.

Pompeyo tomó á Jerusalén respetó los tesoros del templo; Agripa sacrificó en él, como en otro tiempo Alejandro, y los gobernadores que Roma envió á los judíos, lejos de ofenderse del intolerante celo de este pueblo, todavía aumentaron el esplendor de sus fiestas asociando á ellas la autoridad imperial (1). Signos más ciertos serían los privilegios concedidos á los judíos, ya en gran número diseminados en todas las provincias: igualdad con los habitantes de las ciudades en que se habían establecido, sin la obligación de contribuir á las cargas municipales; autorización para conservar en todas partes sus leyes y sus fiestas y hasta la exención del servicio militar. Pero estos edictos que les habrían asegurado extrañas ventajas ¿son auténticos? Cabe dudarlos; á lo menos algunos artículos son sospechosos.

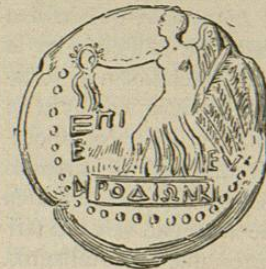
Jefe del pueblo, Herodes aprovechó hábilmente para sí mismo las tradiciones de la política romana, y obtuvo el favor de Augusto que lo encargó de desembarazar de bandidos las cercanías de Damasco. Pero un día que el rey de los judíos persiguió á los bandidos hasta los dominios de los árabes nabateos, creyó el emperador que intentaba una expedición de más alcances, que llevaba acaso proyectos de conquista y reprimió duramente la ambición de su vasallo. «Hasta aquí te he tratado como á un amigo; ahora te trataré como á un súbdito.» Herodes se humilló.

Para desenojar y complacer á su amo no perdona nada en adelante: templos, estatuas, ciudades de mármol se alzarán en su honor, mal que les pese á los judíos, indignados de tales sacrilegios. Pero imbuído en las costumbres griegas, Herodes no era un príncipe israelita: él pensionaba poetas en Roma, él distribuía premios en los juegos olímpicos, él adoraba la divinidad de los fundadores del imperio y borraba á la vez, una tras otra, todas las instituciones caras al pueblo: el soberano pontificado y el sanhedrín estaban envilecidos, menospreciadas las leyes nacionales, y el terror se cernía sobre todas las cabezas fieles al culto antiguo.

Pero los judíos no estaban solamente en Judea. Este pueblo, con ser tan pequeño, había pululado con fecundidad increíble (2) y para él había comenzado la dispersión. «Sería difícil, dice Estrabón, encontrar un paraje sobre la tierra habitable que no los hubiera recibido y en el que no se hubieran ellos firmemente establecido. En Alejandría ocupan gran parte de la ciudad donde forman como una república viviendo bajo sus propias leyes.»

(1) Durante la fiesta de Pascuas, los soldados de guarnición en Jerusalén se situaban á la puerta del templo (Josefo, *Bell. Jud.* II, 20). Poncio Pilatos hizo llevar á Jerusalén una legión con sus estandartes; y á instancias de los sacerdotes, consintió en enviar los estandartes á Cesarea, para no ofender la vista de los judíos con imágenes que la religión reprobaba (Jos. *ibid.* II, 14). Tiberio le ordenó también quitar de Jerusalén los escudos dorados que había hecho poner, y cuyas inscripciones, por los nombres de las divinidades paganas, eran asunto de escándalo para los judíos (Phil., *de Legatione ad Caium*, p. 1033). Hasta en tiempo de Nerón, un teniente del gobernador de Siria fué á Jerusalén á hacer una información sobre ciertos indicios de sublevación, «subió al templo, dice Josefo (*ibid.* II, 28), y adoró á Dios y los santos lugares, sin entrar más adelante de lo que permitía nuestra religión.» Finalmente, los oficiales del emperador ofrecían anualmente víctimas en su nombre. Cuando los judíos, sublevados en tiempo de Nerón, quieren rehusarlos, invocan los sacrificadores el ejemplo de todos los tiempos, los donativos ofrecidos por los extranjeros en el templo y que formaban su principal adorno (Josefo, *ibid.* 31).

(2) A diferencia de la matrona romana que se gloraba con el título de *univira*, la mujer judía consideraba la viudez «como un estado de desolación.» Tener muchos hijos era una bendición de Dios. Esto explica cómo ha sobrevivido la raza judía, á pesar de su dolorosa historia.



Moneda de Rodas (3)



Vencedor en los juegos (4)

lomón se dirigían sus oraciones, cuando no podían ir personalmente á celebrar sus ritos. Josefo afirma que en una fiesta acudieron á la ciudad santa hasta dos millones y secientas mil almas (5).

Y, cosa extraña, dos pueblos pequeños, nacidos en tierra estéril, pero ambos de inagotable fecundidad, cubrían y se disputaban el Oriente. La historia de los viajes apostólicos de San Pablo muestra en todas las ciudades sinagogas enfrente de la escuela griega; y como si las dos civilizaciones fueran al encuentro una de otra, los judíos penetran en Grecia hasta el pie del Partenón, desde donde amenazan á la hija de Júpiter, y la civilización griega avanza triunfante hasta Judea, donde consagra á Pan y á las ninfas el antro de donde nace el Jordán (6). En griego anunciaron los apóstoles la nueva ley de los judíos; en griego también tradujeron la antigua los Setenta, y sus sucesores van á defenderla.

Pero con la lengua de Platón, hubieron de penetrar muchas ideas platónicas en aquel mundo mosaico cerrado tanto tiempo. Sin ahondar mucho, parece que el politeísmo y el judaísmo están para entenderse, puesto que los hombres eminentes de la Grecia y de Roma no creen ya más que en un solo Dios, y Josefo y Filón son, como sus descendientes, filósofos deístas más bien que doctores de la ley. Pero el pueblo no admite sin crueles combates esos compromisos que se hacen por encima de su cabeza entre las grandes inteligencias, y ríos de sangre han de correr antes de que se establezca el acuerdo.

En sus más lejanas colonias, los judíos vivían aparte, de mil industrias á veces sospechosas, y á pesar de su aparente humildad, llenos de orgullo por la pureza de su raza y de su creencia, llenos de desprecio para con aquellas poblaciones letradas, artistas, ligeras, risueñas, que explota-

(3) ΠΟΔΙΩΝ, Victoria á la izquierda con una palma en una mano y una corona en la otra. Reverso de una moneda de Rodas.

(4) De una piedra grabada (cornalina de 10 milim. por 12) del gabinete de Francia. Chabouillet, núm. 1869. El auriga lleva la palma que ha recibido en premio por su vencimiento en los juegos del Circo.

(5) *Bellum Judaicum*, VI, 9.

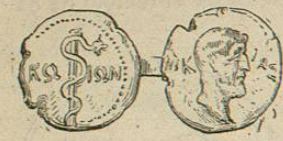
(6) El Jordán desciende de las alturas que se elevan por encima de Hasbeya en el Anti-Líbano y recibe luego las aguas de Banias (Panaes) al extremo setentrional de Galilea, que sin razón se considera como su fuente (Lartet, *Geol. de la Palest.* p. 21).



ban sin embargo encorvándose lisonjeramente ante ellas.

En Judea misma, la repulsión que la masa de los judíos sentía hacia las ideas extranjeras, se aumentaba con todo el odio excitado por un príncipe que se había hecho representante de una unión tenida por sacrilega y que mantenía á este pueblo testarudo bajo un despotismo inexorable.

Así, hallábase la Judea en un extraño estado moral. Los espíritus estaban agitados por una recóndita fermentación que vino á aumentar todavía la gran conmoción causada por la caída de la gran república. Salvábase el presente



Moneda de Cos (1)

con las ilusiones del porvenir: las profecías mazdeinitas sobre el Libertador, que habían penetrado de la Persia en la Palestina, precisaban y fortalecían la antigua creencia en el Mesías, y los libros apocalípticos anunciaban el próximo advenimiento del glorioso y santo reinado de un hijo de David (2). En Jerusalén negaron á Herodes el juramento de fidelidad seis mil fariseos, y predecían la venida de un rey que haría milagros.

Todo el Oriente esperaba á este Señor, y en la Judea eran muchos los que se creían llamados á realizar las profecías (3). En Jerusalén, enfrente del rey helenizado, sentado en el trono de David, era donde se iba á empeñar el gran combate de las creencias religiosas.

## II. — FRONTERA DEL NORTE.

Para completar este estudio del mundo romano nos queda pasar revista á ciertos pueblos que bordeaban la frontera del imperio y se mezclarán incesantemente en su historia, algunos de ellos hasta comprendidos en sus límites.

**Bretones.** — La Bretaña estaba ligada á la Galia por su población de un mismo origen, sus druidas afiliados á los del continente y algunas relaciones de comercio, pero no todavía por la dependencia política. A pesar de su doble expedición, César se contentó con un mediocre tributo que los insulares se olvidaron muy pronto de pagar; y Octavio, después de algunas amenazas, renunció completamente un dominio, á su parecer inconveniente, reconociendo que la conquista de Bretaña era menos necesaria de lo que el procónsul creyera para la seguridad de la Galia.

Pero en cuanto al Este, César había juzgado con acierto. Más allá del Rin había siempre un peligro que temer, porque las tribus que pululaban á lo largo del río eran el nervio del mundo bárbaro en marcha desde muy larga fecha hacia los países de Occidente.

Nunca supieron los galos defender los pasos del río: los

(1) ΝΙΚΙΑΣ. Cabeza de Nicias á la derecha; en el reverso ΚΩΙΩΝ. Serpiente enroscada en un palo. Moneda de bronce de Cos.

(2) El Mesías no era esperado sólo por los judíos que se habían diseminado por toda el Asia occidental, sino también por los adoradores de Ormuz, cuyo triunfo estaba anunciado por el *Vendidad* y la mayor parte de los escritos religiosos de los mazdeinitas. De la mezcla de las ideas contenidas en los cantos de los profetas hebreos con las doctrinas pérsicas nacieron los Apocalipsis, de los cuales el primero es el libro de Daniel, y el último, ó á lo menos el más célebre, el de San Juan (M. Nicolas, *Doctrinas religiosas de los judíos durante los dos siglos anteriores á la era cristiana*, págs. 266 y sig.).

(3) Véanse en Josefo (*Ant. Jud.* XVII) las turbaciones que estallaron en Judea á la muerte de Herodes. Un pastor se declaró rey; un antiguo sirviente de Herodes tomó también este título. Tres legiones y tropas auxiliares de los reyes vecinos necesitó Varo para calmar estos disturbios, y también un castigo horrible, crucificar á dos mil judíos.

belgas y los cimbrios lo habían franqueado, y los suevos ocuparon mucho tiempo una provincia en la Galia. Los ciento veinte mil guerreros de Ariovisto no eran sino la vanguardia de aquel gran pueblo, cuyas tribus se extendían desde las fuentes del Danubio hasta el mar Báltico.

Así, pues, la victoria de César no había quebrantado su poder, y delante de él huían en número de cuatrocientos mil los usipetes y los téneteros, cuando volvieron á encontrar las legiones del procónsul, que los rechazaron á la orilla derecha del Rin, después de atroz carnicería.

Ya vimos en otro lugar las disposiciones tomadas por Agripa para prevenir la repetición de estas tentativas; pero toda la habilidad de los caudillos, toda la bravura de las legiones, todas las precauciones defensivas no harán más que retardar el peligro. Viniendo á chocar Roma con la Germania, encontró una guerra que, comenzada á orillas del Rin con Ariovisto, acabará á orillas del Tíber con Alarico.

**Germanos.** — Las legiones no habían inquietado aun bastante á los germanos para que, bajo el amago de la invasión, hubieran estos reunido sus pueblos en forma de vastas confederaciones, como lo harán más tarde. En sus llanuras sin límites y bajo sus bosques seculares, uno de los cuales tenía sesenta jornadas de marcha, fermentaba un caos de prolíficos pueblos, *gens numerosa*, que eran invencibles, porque un conquistador extranjero no hubiera sabido cómo ni por dónde acometerlos, ni menos cómo retenerlos después de domados. Sin ciudades donde se concentrara la vida nacional, no tenían más que pobres é innumerables villajos, dispersos en los cantones, *pagi*. Ni un templo en sus dominios, pues no eran capaces de edificarlos; ni estatuas de los dioses, que tampoco hubieran sabido hacer; adoraban esa naturaleza que aman todavía tanto, la tierra, el agua, las montañas, los bosques llenos de misterios y religiosos terrores. Ni tenían casta sacerdotal, ni aristocracia guerrera que los mantuviera en yugo, aunque hubieran reconocido en sus sacerdotes el derecho de castigar ciertas faltas; sino adivinos de ambos sexos, sacrificios de caballos, y á veces de hombres, y el porvenir buscado en las entrañas de las víctimas (4).

Finalmente sus jefes ó caudillos eran elegidos entre los más bravos (5). Si los reyes, elegidos en familias consagradas, debían esta dignidad á su nacimiento, simples representantes de la tribu no tenían más prerrogativa que la de mantener la unidad nacional; el consejo de los jefes, y después el pueblo, examinaba los más importantes negocios, *de minoribus rebus principes consultant, de majoribus omnes*, y se decidía por el sufragio de las armas, golpeando los escudos con las espadas.

Tampoco encargaban á la autoridad pública de reprimir los crímenes privados: el ofendido se tomaba la justicia por su mano, vengando la ofensa por sí mismo, ó bien él

(4) El jefe de familia consultaba la suerte como el sacerdote de la ciudad, y el rey ó caudillo tomaba con éste los auspicios para los negocios públicos. Si la religión tenía ayudantes particulares para ciertas ceremonias, no era un monopolio para nadie (Tácito, *Germ.* 10 y 11). César dice que no tenían cuerpo sacerdotal ni sacrificios, y según Tácito, ni templos ni simulacros. En tiempo de este escritor no habían recibido aún el culto de Wodan, ni la mitología y tradiciones heroicas de que salieron el *Edda* y los *Nibelungen*.

(5) *Reges ex nobilitate, duces ex virtute sumunt* (Tácito, *Germania*, 7). Había sin embargo una especie de nobleza hereditaria adquirida por grandes servicios (*Ibid.* 13). Estos pueblos no tenían nombre común. Los romanos les dieron el de *Germanos*, *Wehrman*, combatiente, guerrero. En una época relativamente moderna, tomaron ellos el de *Deutsch*.

y sus deudos obligaban al agresor á pagar una compensación en ganado.

Así, ni la religión, ni la organización social reprimieron entre los germanos el arranque de su fogoso y violento natural. Y esta libertad, este ardor de sangre demasiado joven, tenían su necesaria aplicación á la guerra, á continuos combates ó á juegos casi tan terribles, como saltar en medio de espadas y frámeas de punta, ó bajar sobre los escudos la rápida pendiente de una montaña á través de precipicios.

Después de la victoria venían las orgías interminables, en las cuales se invertía todo el botín. Al amanecer, comenzaban de nuevo las carreras lejanas; porque un hombre libre, un hijo de aquel dios Tuiston, que celebraban en sus cantos nacionales (1), no trabajaba: hubiérase avergonzado de ganar con el sudor lo que podía ganar con la sangre. Sus esclavos, cogidos en la guerra ó comprados, y su mujer se cuidaban del ganado, su principal riqueza, ó cultivaban el campo; en cuanto á él, no dejaba sus armas ni aun en los festines. Como entre los Píeles Rojas, la caza y los combates solamente debían ocupar á un guerrero (2). La religión refleja las costumbres y los pensamientos íntimos de los creyentes: en el *Walthalla*, el Olimpo de los germanos, no habrá más que continuas batallas y prolongados festines.

Las mujeres germanas eran dignas compañeras de sus maridos. El día de sus desposorios reciben por presentes nupciales, bueyes, un caballo de guerra y un escudo con la espada y la frámea; estos viriles donativos les significaban que tenían que tomar parte en los peligros: *sic vivendum, sic pereundum*. La sangre no las espantaba ni mucho menos.

«Ni la madre ni la esposa temen contar las heridas de seres queridos, hasta sondean su profundidad sin cosa de desaliento ni desmayo. En el combate dan ánimo y víveres á los combatientes. Se han visto ejércitos vacilantes, casi vencidos, volver á la carga á excitación de las mujeres, que se presentaban á los fugitivos mostrándoles el seno para que las hirieran prefiriendo la muerte á la servidumbre. Así creen los germanos que el sexo femenino tiene algo divino y profético, por lo cual no desdeñan sus consejos ni olvidan sus predicciones.»

En Roma, el joven se hacía ciudadano tomando la toga viril, el vestido de la ciudad y de la paz; entre los germanos, el joven no podía sentarse entre los hombres, tenerse por hombre para alternar con los guerreros, sino después de haber recibido en pública asamblea el escudo y la lanza, los instrumentos de la guerra. Este día se agregaba al séquito de un jefe de renombre.

«Hay, dice Tácito, hay una grande emulación entre los compañeros para el primer lugar al lado del jefe, y entre los jefes por tener los más numerosos y valientes compañeros. En la acción sería vergonzoso para un jefe que se le superara en valor, y para los compañeros en no igualársele en bravura. El que se atreviera á volver de un combate en que hubiera muerto el jefe, quedaría deshonrado para toda la vida. Cuando el pueblo languidece en el ocio de una

(1) *Tuistonem* sería mala lección de la *Germania* de Tácito. Debe leerse *Teutonem* (Holtzmann, *Erklärung von Tacitus Germania*).

(2) Los suevos, dice César (*de Bello Gall.* IV, 1; VI, 22), no conocen la propiedad individual del suelo. Todos los años asignan los jefes á cada cual su lote ó partija. El mismo estado social existía en tiempo de Tácito (*Germ.* 26); más tarde cambió, gracias á la proximidad de los galo-romanos, cuyos usos se extendieron poco á poco en la Germania. Por lo demás, la casa del germano y su cercado, que formaban sin duda la *tierra sálica*, estaban naturalmente excluidos de la repartición anual, que se aplicaría solamente á lo que llamaríamos el procomún.

larga paz, los caudillos van á ofrecer sus servicios á las naciones que están en guerra: tanto los aburre el reposo; fuera de que saben muy bien que la gloria está en los peligros y en ella los medios de conservar el prestigio y un séquito brillante, porque los compañeros no tienen más sueldo que la mesa del jefe y sus presentes ó donativos militares, un caballo de batalla, un escudo, ó una sangrienta y victoriosa frámea.»

Estas asociaciones de peligros y de gloria formarán las bandas de aventureros, que por espacio de cuatro siglos fatigarán sin tregua al imperio romano, dándole mil golpes por uno que sepa parar.

La Germania no se fraccionaba enteramente en estos grupos aislados, excelentes para el pillaje, para una sorpresa audaz, pero incapaces de sostener una lucha en regla con tropas organizadas. Tenía grandes pueblos que obraban á veces en cuerpo de nación y entonces venían á ser terribles: los cimbrios, los teutones, los suevos y los téneteros, que hemos visto en Galia; y los brúcteros, los caucos, los queruscos y marcomanos, que las legiones combatirán en Germania, eran poderosas aglomeraciones de hombres; los unos hicieron ya temblar á los soldados de Mario y de César, los otros exterminarán á los de Varo.

Por debajo de los guerreros, los *lites*, que sin ser esclavos, tampoco eran libres; eran los restos ó descendientes de los pueblos vencidos. Tenían mujeres é hijos y podían comparecer en justicia; pero no entrar en las asambleas públicas. Estos desgraciados habían de trabajar en provecho de los que los habían tomado bajo su patronaje, *mundium*.

Tácito asegura que esta sociedad grosera y brutal trataba al esclavo con benevolencia, respetaba á la mujer, abría al extranjero la puerta de su casa y garantizaba al acusado el juicio de sus iguales: más de un uso de la Europa feudal estaba contenido aquí en germen. Estos reyes, por ejemplo, que encontramos sin poder, pero rodeados de un religioso respeto, saldrán de sus bosques y de su oscuridad para subir al trono de Clodoveo; y algunos de estos jefes, á los cuales se entregan sus compañeros por la vida y por la muerte, serán los ascendientes de nobles señores que deberán su poder á la abnegación de sus fieles (3).

Cuando estos hombres violentos, de fierá mirada, de cuerpo mal cubierto con una piel de auroc ó de otra bestia brava, cantan su himno salvaje apretando los labios contra el escudo, no hay corazón tan firme que no se estremezca; pero sus ojos azules y vagos y su fresco rostro sombreado por blanca cabellera, dicen que estos niños mal criados, se amansarán un día y se dejarán conducir por la voz amiga que ha de despertar en ellos los instintos ingenuos. El sicambro amansado bajará la cabeza para escuchar las aves del cielo, los mil rumores misteriosos de los grandes bosques, ó los salmos de los sacerdotes cristianos perdiéndose en las bóvedas de las catedrales góticas: más tarde será poeta soñador y erudito y sabio; pero siempre conservará algo de su brutalidad primitiva y con frecuencia su inconsciencia del bien y del mal.

Muchos rasgos de este cuadro están tomados del historiador poeta que se complació en embellecer las costumbres

(3) No quiero decir que nuestros nobles de la Edad media descendían de los germanos. Después de las invasiones, el principio de las clientelas romana, gálica y germánica, que era la abnegación del hombre por el hombre, reapareció gracias á las circunstancias de la nueva sociedad; el de la abnegación del ciudadano por la ciudad, que hizo las grandes repúblicas de Grecia y Roma, se conservará oscuramente en los viejos municipios, en que se mostró con esplendor en la revolución comunal.